

El nuevo

Era su primer día de trabajo. La noche anterior fue mala y dura. ¿Cómo será?, ¿qué habrá que hacer?, ¿podé hacerlo?, ¿cómo será la gente?... Un mar de dudas golpeaba su mente.

“Creo que no voy a poder dormir”,- se repetía insistente e inevitablemente.

Puso dos despertadores, el del móvil y el de la mesilla, no tenía más. Ese día fue pronto a la cama, creía que el sueño, y el final de sus preguntas sin respuesta, llegaría así antes.

Con el primer despertador y pese a su increíble sueño salió de la cama como si un gran muelle le estuviera pisando la espalda.

La noche anterior y la mañana primera, calculó una y otra vez el tiempo que tardaría en llegar a la empresa y llegó con tiempo de sobra.

Llevaba unas semanas en el trabajo y una certeza no dejaba de rondarle por la cabeza: soy el nuevo, el novato, el torpe.

Un buen día, muy de mañana, tocaba cambiar una antena doblada por un salvaje viento que todavía azotaba. Nadie quería subir a hacerlo.

Aitor vio la oportunidad de cambiar esa etiqueta que martilleaba su cabeza. Quería que le llamaran por su nombre dejar de ser el novato.

“Ya subo yo” .- dijo sin apenas dudarlo.

“¿Seguro?”.- respondió asombrado el encargado.

“Sí, sí, voy yo” .- insistió. Aitor

Tras el accidente, el almacenero preguntó: “¿qué cafre ha subido hoy a arreglar antenas?”

“El nuevo”- reveló el encargado, bajando ligeramente la cabeza.- “ha sido el nuevo”.